

Louise Glück · POEMAS

Traducción José Manuel Arango

MENSAJEROS

Sólo la espera es necesaria, te hallarán.
Los gansos que vuelan bajo sobre la ciénaga,
brillantes en el agua negra.
Te hallarán.

Y los venados:
qué bellos son,
como si no les estorbaran sus cuerpos.
Despaciosamente llegan al claro
a través de lienzos de sol.

¿Por qué estarían así, tan callados,
si no estuvieran esperando?
Casi inmóviles, hasta que sus tiestos
enmohecen, los arbustos tiemblan
al viento, rechonchos y sin hojas.

Sólo es preciso dejar que suceda:
aquel grito —desátate, desátate—
como luna que se arranca de la tierra
y se alza llena en su círculo de dardos,

hasta que ellos aparecen delante
como cosas muertas que la carne agrava,
y tú sobre ellas, herida y dominante.

LOS MANZANOS

Tu hijo aprieta contra mí
su cuerpecito inteligente.

Y yo estoy junto a su cuna
mientras en otro sueño
tú estabas entre árboles cargados
de manzanas mordidas
extendiendo los brazos.
No me movía

pero vi el aire dividirse
en cristales de color. Al cabo
lo alcé a la ventana diciendo
mira lo que hiciste
y conté las ramas cortadas,
el corazón en su tallo azul,
mientras desde los árboles
la oscuridad salía:

en el sombrío cuarto duerme
tu hijo. Son verdes los muros,
son madera y silencio.
Espero ver cómo me dejará.
Ya en su mano aparece el mapa
como si allí lo hubieras grabado:
los campos muertos, mujeres
enraizadas en el río.

TODO ES SANTO

Ahora mismo se configura el paisaje.
Las colinas oscurecen. Los bueyes
duermen en su yugo azul.
Los campos ya segados,
las gavillas parejamente atadas
puestas al lado del camino.
Y la luna dentada sale.

Esta es la aridez
de la siega o la pestilencia.
Y la mujer se inclina, en la ventana,
con la mano extendida como en pago.
Y las semillas
netas, doradas, llaman:
Ven aquí,
ven aquí pequeña.

Y el alma se desprende del árbol.